

CAPÍTULO XXIV.

Alborozo de la Nacion Española por la caída de Tetuan.—Festejos y regocijos públicos.—La Reina asiste al solemne Te-Deum cantado en el templo de Atocha.—El general O'Donell es elevado á la Grandeza de España con la denominacion de Duque de Tetuan.—Le felicitan los Diputados de la Nacion y las Municipalidades de las capitales mas importantes.—El ejército hace iguales manifestaciones.

La noticia de la toma de Tetuan por nuestro sufrido y valiente ejército, difundióse por toda España como una corriente eléctrica en la mañana del 7 de febrero produciendo un inmenso júbilo y satisfaccion en el ánimo de sus habitantes. Ante una conquista tan gloriosa, de tan inmarcesibles lauros para las armas españolas, todos los partidos desaparecieron del estadio político, todas las clases se confundieron en una sola aspiracion y sentimiento para victorear uno de los sucesos mas faustos que registran los anales de este siglo. De todos los ángulos de la Nacion salian los mismos gritos y aclamaciones saludando el brillante triunfo de sus armas.

El entusiasmo del pueblo de Madrid rayó en un verdadero frenesi, en locura. Casi todas las casas aparecieron adornadas con vistosas y variadas colgaduras, y desde las ocho del citado dia numerosos grupos recorrían las calles con banderas victoreando al valiente, sufrido y heroico ejército de Africa y sus bizarros é inteligentes generales.

La plaza de la villa donde tenia su habitacion el general Zavala, se inundó materialmente de gente no cesando de aclamarle la multitud durante toda la mañana. Acudieron tambien infinitas personas de todas clases y condiciones á la morada del conde de Lucena y de otros generales del ejército de Africa; y en fin

el pueblo lleno de patriótico entusiasmo, dirigióse en tropel á palacio para saludar á SS. MM. quienes ofrecieron salir por la tarde en carretela abierta á pasear toda la poblacion.

A las doce y media las calles principales no eran bastante espaciosas para contener la inmensa multitud que circulaba por ellas. Reuniéronse en la plaza de Palacio cincuenta mil personas con numerosas banderas y varias músicas, distinguiéndose los estudiantes de la Universidad central que ordenados en procesion y divididos por facultades, agitaban al aire sus estandartes, todos del color nacional. En el fondo de estas vistosas enseñas, aparecia en gruesos caracteres la siguiente inscripcion:

*Al Ejército de Africa.*

La Reina doña Isabel II satisfizo con tan plausible motivo los deseos de su pueblo. Una y otro pudieron verse y celebraron juntos el gran suceso del dia.

A la una menos cuarto de la tarde, se abrieron las vidrieras del gran blancon de palacio y resonó en la ancha y espaciosa plaza un inmenso eco de júbilo. Momentos despues apareció en aquella Reina acompañada del Rey, su augustó esposo, y de sus hermanos los serenísimos señores duques de Montpensier.

A los lados de las reales personas estaban los señores ministros de Estado, Gracia y Justicia, Fomento, Gobernacion y Hacienda, todos de gran uniforme. La Reina llevaba un elegante abrigo de terciopelo encarnado. El Rey vestia de paisano, y el duque de Montpensier de capitán general.

Apenas se presentó la Reina en el balcon, comenzó á saludar cariñosamente á su pueblo agitando su pañuelo blanco. El Rey hizo lo mismo. El pueblo la contestó con un ferviente viva. Pero el entusiasmo llegó á su colmo momentos despues. El tierno Principe de Asturias, vestido de cazador de Madrid y con su ros blanco, apareció en brazos de la nodriza. La reina lo cogió en los suyos, y levantándole en alto lo presenta á su pueblo mostrando de esta manera cuan reconocida estaba al heroismo del ejército. Inmensos vivas á la Reina, al Principe don Alfonso y al caudillo de Africa atronarou el espacio, y por algunos minutos la plaza ofrece un cuadro de lágrimas, de vivas, de animacion y de entusiasmo indescriptible.

El tierno niño parece como que quiere tomar parte en el júbilo general, abre sus brazos, levanta la cabeza y se le cae el ros, que recoge instantáneamente su augusta madre, provocando este incidente una nueva esplosion del entusiasmo popular.

SS. MM. y AA., despues de saludar afectuosamente al pueblo, se retiraron á las regias habitaciones. Nuevos vivas pusieron término á esta interesante escena.

El dia siguiente se verificó la solemne visita de S. M la Reina al templo de Atocha, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por los triunfos de nuestro ejército en Africa y la rendicion de Tetuan.

La funcion fué tan magnífica y tan solemne como lo requería lo grandioso de su objeto.

Concurrieron á este acto los ministros, jefes de palacio, cuerpo diplomatico, altos funcionarios de la administracion, generales, senadores y diputados, y cuantas personas de alta posicion encierra Madrid.

El templo ofrecia un aspecto tan majestuoso como deslumbrador.

A la derecha del altar mayor tomaron asiento SS. MM., con los cuatro reyes de armas alrededor del trono. Seguidamente los sitios ocupados por la familia real. A continuacion los jefes de palacio. Despues el banco para los grandes de España cubiertos, y detrás el banco para los gentiles-hombres de casa y boca.

A la izquierda del altar mayor, y en frente del trono, estaban los señores ministros, y en un banco, detrás de estos, los mayordomos de semana. A continuacion los capellanes de honor y grandes de España.

Al rededor, y por ambos lados del espacio ocupado por la régia comitiva, se levantaban 14 elegantes tribunas ocupadas por el órden siguiente: la primera por el cuerpo diplomático extranjero; segunda, por las damas de S. M., tercera, por los ministros; cuarta, por los grandes, capitanes generales, individuos del estinguido Consejo real y los que han sido embajadores; quinta, por las comisiones de los cuerpos colegisladores; sexta por los caballeros del Toison de Oro; sétima, por el Consejo de Estado y tribunales supremos; octava, por la servidumbre de SS. MM. y altezas reales; novena, por el gobernador civil, corregidor y ayuntamiento; décima, por los generales, capitan general y directores de todas armas; undécima, por el tribunal de la Rota; duodécima, por la asamblea de las órdenes y cuerpo colegiado de la nobleza; décimatercera, por los gentiles hombres de Cámara y del interior; décima cuarta y última, por el intendente de palacio y jefes locales.

SS. MM. salieron á la una de la tarde, dirigiéndose por el

arco de la Armeria, plazuela de Santa María, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, paseos del Prado y de Atocha, regresando despues por la Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol y calle Mayor.

Abrian la marcha del régio cortejo dos escuadrones de *húsares de Pavía*.

Seguian los tímboles y clarines de la real casa.

Cinco coches de grandes de España.

Los picadores de las reales caballerizas.

Criados y palafreneros de SS. MM. á caballo.

Diez y ocho caballos de mano, conducidos por palafreneros, con los mismos jaeces que el dia de la salida de S. M. á misa.

Un picador mayor, cuatro picadores y cuatro desbravadores, cabalgando todos en soberbios potros.

Ocho palafreneros á caballo.

El landó de bronce: tiro de yeguas extranjeras, castañas, trenzadas de amarillo, con los reyes de armas.

El coche de franjas, vestidura azul, tiro de yeguas extranjeras, castañas, trenzadas de encarnado, gentiles hombres de casa y boca.

El coche amarillo, tiro de yeguas extranjeras, alazanas, trenzadas de verde, mayordomos de semana.

El coche azul, tiro de caballos negros, trenzados de amarillo, comision de grandes.

Un landó, tiro de caballos alazanes, trenzados de azul, cámara del señor infante D. Sebastian.

Otro landó tiro castaño, trenzados de carmesí, cámara del señor infante D. Francisco.

El landó azul, tiro tordo, trenzados de encarnado, cámara de la señora infanta doña Luisa.

El coche verde, tiro castaño, trenzado de negro y encarnado. Mayordomos de semana de servicio.

El coche yema de huevo, tiro tordo, trenzado de amarillo y encarnado, cámara del señor Principe de Asturias é infanta.

El coche francés, tiro castaño trenzado de azul y blanco. Camarera mayor, dama y gentil hombre de cámara de la Reina.

Otro coche con tiro tordo, trenzado de amarillo. Caballerizo mayor, mayordomo mayor, sumiller de corps y capitan de guardias.

Dos batidores.

El coche de amaranto, tiro castaño, penachos azul y blanco, trenzados de lo mismo. Conduciendo á S. A. el infante D. Se-

bastian. Al estribo derecho marchaba un caballero, y al izquierdo un jefe de carrera con el correspondiente número de criados de librea á pie.

Escolta de caballería de húsares.

Dos batidores.

El coche de tableros dorados, tiro tordo, penachos azul y blanco, trenzado de lo mismo. Conduciendo al Sermio. señor infante D. Francisco, con el mismo séquito de criados á caballo y á pie.

Escolta de húsares.

Dos batidores.

El coche de cifras, tiro negro, penachos encarnados jerezanos, trenzado de lo mismo, con los Sermos. señores infantes duques de Montpensier.

Escolta de húsares.

Un correo.

El coche de concha, tiro castaño, penachos azul y blanco, trenzado de lo mismo. Respeto de Principe é infanta.

Cuatro batidores.

El coche de corona ducal, tiro perlino, penachos encarnados y blanco, trenzado de lo mismo. Conduciendo á las Sermas. señoras infantas doña Isabel y doña Concepcion. Al vidrio iban la duquesa viuda de Alba y el marqués de Alcañices.

Escolta de húsares.

Coche de caoba, tiro de ocho caballos, alazanes, penachos rojo y blanco, trenzados de lo mismo. De respeto de Sus Magestades.

Seis correos de gabinete.

Cinco caballeros de campo.

Dos oficiales de Estado Mayor y dos ayudantes del general en jefe del primer distrito, haciendo el servicio de batidores.

El coche de corona real, tiro de ocho caballos tordos claros, enganchados á la gran Dumont, penachos blancos, trenzados de carmesí y oro, conduciendo á SS. MM. y al príncipe D. Alfonso con el uniforme de soldado de infantería de línea.

Isabel II vestía un rico traje blanco adornado de oro con el manto real encarnado y oro. En su cabeza ostentaba una magnífica diadema de brillantes y perlas. El Rey vestía de capitán general con el Toison de Oro y grandes cruces.

Al estribo derecho de la real carroza marchaban á caballo el general marqués del Duero y el general Hoyos. A la izquierda el general gobernador militar y detrás los directores de las armas residentes en Madrid y varios generales.

Cerraban la comitiva los brillantes escuadrones de caballería. La formación brillantísima. Apoyaba la cabeza en palacio un batallón de Ingenieros, seguía el regimiento de Galicia, cazadores de Antequera, provinciales de Cuenca, Valladolid y Valencia, guardia civil veterana, infantería de marina y artillería de plaza. Artillería montada y regimientos de caballería coraceros de la Reina, Principe y Borbon, lanceros de Sagunto y escuela de Alcalá. Con S. M. iban el regimiento de húsares de Pavía y el de coraceros del Rey.

La solemnidad fué grandiosa. La Reina recibió una general ovacion: El entusiasmo del pueblo de Madrid no reconoció límites.

Aquella misma mañana, el periódico oficial del gobierno publicó el siguiente decreto, por el cual concede S. M. al general O Donnell el título de duque de Tetuan y el telegrama que le había dirigido el ministro de Estado :

MINISTERIO DE ESTADO.

REAL DECRETO.

Queriendo perpetuar la memoria de la gloriosa campaña de Africa, y especialmente la toma de Tetuan por el ejército expedicionario, y dar una señalada prueba de mi real aprecio al general en jefe don Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, que le ha conducido de victoria en victoria con tanto acierto como bizarría, venciendo todo género de obstáculos y de resistencia, de acuerdo con el Consejo de ministros.

Vengo en concederle Grandeza de España de primera clase con la denominación de duque de Tetuan, para sí, sus descendientes y sucesores, libre de todo gasto.

Dado en palacio á siete de febrero de mil ochocientos sesenta.

ESTÁ RUBRICADO DE LA REAL MANO.

El ministro de Estado.

SATURNINO CALDERON COLLANTES.

Le pacho telegráfico dirigido por el Excmo señor presidente interino del Consejo de ministros al Excmo. señor capitán general en jefe del ejército de Africa, inmediatamente despues de haber rubricado S. M. la REINA el decreto que precede.

S. M. la reina me manda felicitar á V. E. y al ejército por el glorioso éxito con que la Divina Providencia ha coronado sus heroicos esfuerzos. S. M. está animada de la mas absoluta confianza en la pericia, constancia y valor de V. E. y no duda que al frente de tan bizarros soldados dará gloriosa cima á la empresa que le está encomendada.

Queriendo dar á V. E. una señalada prueba de su distinguido aprecio, y perpetuar la memoria de tan insignes hechos, simbolizándolos en un título que los trasmita á las mas remotas generaciones, ha venido en conce-